

su pabellon sea respetado y temido en todas partes, aun por aquellos que le son inferiores en fuerza y poder; una prueba de esto tenemos no solo en Filipinas, sino en nuestras posesiones de Africa tan inmediatas á España, donde los moros fronterizos con el mayor descaro y quedando siempre impunes, nos causan á cada momento todos los daños y perjuicios que están á su alcance.

Si hubiéramos de seguir las vicisitudes, ó mejor dicho, la historia parcial de cada uno de los deportados á Filipinas, seguramente no bastarian grandes volúmenes para su narracion, y aunque estamos seguros que las mas de ellas interesarian grandemente á nuestros lectores, tenemos que ceder de nuestros deseos por la razon é imposibilidad de hacer casi interminable esta obra; pero no pudiendo pasar en silencio los sucesos principales que se ramificaron con la revolucion de 1848, tenemos ahora que volver á la Peninsula y retroceder al mes de noviembre en que se consumaron hechos dignos de que no se dejen en el olvido, puesto que afectaron en gran manera á infinidad de individualidades y familias, dando á comprender por ellos, que á pesar del terror que habia conseguido infundir el gobierno, el espíritu de libertad no se habia apagado en España, y que sus hijos á pesar de tantas persecuciones, ponian en juego su valor para derrocar al bando que tanto les tiranizaba.

CAPITULO L.

SUCESOS DE HUESCA.

Convenidos algunos patriotas de las cinco villas de Aragon con los emigrados españoles liberales que residian en Francia, proyectaron dar el grito de «abajo el gobierno,» confiados de que muchos otros les seguirian, y que á los pocos dias entrarian los que se encontraban en el pais vecino á ayudar tan árdua empresa.

El plan fué dar la voz de alarma á un mismo tiempo en varias poblaciones y marchar sobre Huesca, adonde se les reunirian varios liberales y parte de la guarnicion con quien contaban: don Manuel Abad, comandante de reemplazo, y don Saturnino Arizabalaga, propietario de Egea, eran en esta poblacion los encargados de ponerse al frente del movimiento; don Santos Castejon, propietario, tenia el mismo encargo en la villa de Ladava: estos patrióticos cumplieron fielmente con su compromiso; mas otros, ó sea porque las circunstancias particulares de sus pueblos se lo impi-

dieron, ó sea por distintos motivos, no secundaron el movimiento.

Reunidos en Egea los de ambas villas, desarmaron la fuerza del ejército que allí habia, que constaba de una compañía, y tomaron el camino de Luna con direccion á Ayerve; viendo la dificultad de seguir su plan porque todos no habian obrado segun se habian comprometido, se dirigieron á un monte temiendo la persecucion, y con objeto tambien de deliberar allí lo que habian de hacer en tan crítica circunstancia: cuatrocientos hombres era toda la fuerza reunida, la mayor parte labradores y artesanos; mas sin embargo, como los mas habian pertenecido á la Milicia nacional, no les era extraño el manejo de las armas, y sobre todo estaban animados de indomable valor como aragoneses, y de entusiasmo decidido como hombres libres: y no de otro modo pudieran haber emprendido el desesperado arrojado que pusieron en ejecucion.

En el monte nombraron ellos mismos sus oficiales, confirmando en el mando superior como comandante general interino de Aragon y Navarra á don Manuel Abad, y segundo á don Santos Castejon.

«¡A sorprender á Huesca! allí se nos reunirán muchos compañeros.»

Este fué el grito unánime que dieron aquellos valientes, y este fué el dictámen que prevaleció entre oficiales y subordinados.

Sin embargo, no se llevó á cabo sin haber usado por el gefe Abad un ardid de guerra por el que se le puede clasificar de militar entendido.

Conociendo la imposibilidad de entrar en Huesca si no distraia las fuerzas de la guarnicion, ofició al alcalde de Bolea, pueblo de la provincia, para que le tuviera dispuestas raciones y seis mil duros, advirtiéndole que él mismo iria con su columna á percibir

uno y otro: el alcalde, como era natural, dió inmediatamente parte á las autoridades de Huesca de cuanto ocurría, en vista del cual salió el gefe militar de la provincia con la mayor parte de la fuerza disponible para dicho pueblo de Bolea con intento de batir á los insurrectos; esto es precisamente lo que habia calculado Abad, y habiendo tenido noticia de aquel movimiento, enmedio de las sombras de la noche se dirigió á la capital con el intento de atacarla antes del amanecer; pero sin duda la fatalidad que perseguía á aquellos hombres, dispuso que el guia se perdiese en las sinuosidades y quebradas veredas que atravesaban, y la aurora los alcanzó antes de dar vista á Huesca: siete horas de pérdida de tiempo fué para ellos cuestion de vida ó muerte.

Sin embargo, con la esperanza de que en Huesca se les reunirían fuerzas y de que allí podrian hacerse con armas, emprendieron la arrojada accion de entrar en la ciudad á las siete de la mañana, llamando la atencion por distintos puntos: las pocas tropas de la guarnicion se encerraron aparapetándose en los fuertes y cuarteles; de consiguiente los insurrectos fueron dueños de la poblacion que les recibió con aclamaciones entusiastas, reuniéndoseles algunos otros paisanos, se hicieron con algunas armas, y calculando que allí no podian permanecer á causa de que la columna que con el comandante general habia salido estaria pronto de regreso, conociendo el engaño, sin otras tropas que les perseguian tambien, se retiraron á Monte-Aragon con intento de levantar en masa el pais; desde este punto pasaron á Sietamo, cuatro leguas de Huesca; alojáronse en distintas casas ocupando el comandante señor Abad la del cura, contigua á la iglesia; se colocaron las oportunas avanzadas en todas direcciones, y descansaban en el celo de los espías que tenia colocados dicho comandante á gran distancia,

todos ellos famosos andarines como los hay en aquel país, con la orden de ir á dar aviso de cualquiera novedad que ocurriese: con estas seguridades y rendidos de las anteriores y no interrumpidas fatigas se entregaron al descanso, descanso imprudente en momentos tan críticos y de tan inminente y casi cierto peligro; su intento era pasar al día siguiente á Barbastro, pero los sucesos lo dispusieron desgraciadamente muy de otro modo.

Aquella misma noche fueron sorprendidos los espías por las tropas del gobierno, é igual suerte sufrieron las avanzadas; sin embargo, algunos tiros de estas pusieron en alarma á los que estaban alojados en el pueblo, se reunieron todos en tres casas, acudiendo la mayor fuerza á la contigua á la iglesia en la que se hallaba alojado, como ya se ha dicho, el comandante Abad.

Cada uno de estos edificios fué objeto de una conquista para las tropas; y solo se rendian cuando ya no les quedaba un cartucho que quemar; grandes hechos de valor individual, que toca en la desesperacion, pudieran citarse; mas en obsequio de la brevedad se omiten, porque sabido se está que los hombres que pelean por la noble causa del pueblo, lo hacen de un modo decidido y arrojado.

Faltos ya de municiones, se les intimó la rendicion; dos oficiales salieron á tratar de los pactos.

—No hay condiciones,—contestó el comandante general de la provincia, que era el gefe que mandaba las tropas del gobierno— se han de rendir ustedes á discrecion.

—Jamás,—replicó uno de los oficiales insurrectos;—para ser fusilados preferimos morir por nuestras mismas manos; el último cartucho nos servirá al efecto.

Estando en este diálogo se oyó una detonacion; era un tiro que se habia asestado contra uno de los oficiales parlamentarios,

faltando á las leyes de la guerra y al derecho de gentes; no le hirió, y esto puso fin á las contestaciones.

Siguiendo la defensa de las casas con el mayor empeño: vista la decision de aquellos valientes, el gefe de las tropas, les intimó por segunda vez la rendicion, prometiéndoles que se respetarian sus vidas: este pacto se firmó solemnemente por ambas partes, y en la confianza de que se cumpliria, se entregaron aquellos desgraciados.

Rendidos todos, fueron atados sin distincion de graduaciones, y entre filas, sufriendo los mayores insultos, no tan solo de la brutal soldadesca, sino tambien hasta de los mismos oficiales, que es propiedad esclusiva de los cobardes insultar al rendido, fueron trasladados á Huesca, y encerrados sin comunicacion en un cuartel.

La capital del alto Aragon vió entrar el día primero de noviembre á aquellos infelices prisioneros en su recinto, y deploró su suerte con las lágrimas en los ojos; otras esperanzas habian concebido de aquella noble insurreccion, pero los esfuerzos de los liberales en 1848 fueron en todos puntos infructíferos á favor de la santa causa que defendian: no dieron mas resultados que destierros, deportaciones y patíbulos, impuestos por sus tiranos.

Los periódicos de Madrid, asalariados por el despótico gobierno que entonces regia, y tambien sus aduladores satélites, quisieron atribuir á esta insurreccion connivencia y mancomunidad con el partido carlista, otros le achacaban planes vastos de república, y en honor de la verdad histórica, debemos afirmar que el grito de aquellos descontentos, no fué otro que

«ABAJO EL MINISTERIO, DISMINUCION DE CONTRIBUCIONES, VIVA LA LIBERTAD.»

Y entre estos gritos al entrar en las poblaciones, y muy particularmente en Huesca, se oyeron los de viva Isabel II constitucional; pero los partidarios de la arbitrariedad y del despotismo, por fuerza habian de achacar á los nuevos sublevados proyectos extremos, para cohonestar la feroz y sanguinaria conducta que con ellos se observó, conducta que escandalizó á los hombres pacíficos y morigerados de todas las comuniones políticas, y que tanto se sintió en el país, porque todos los que la sufrieron eran naturales de aquellos pueblos circunvecinos.

Inmediatamente del arribo de aquellos desgraciados, se formó consejo de guerra ejecutivo: presentaron al mismo la capitulacion firmada en Sietamo, pero de nada les sirvió: el dia 5 fueron fusilados don Manuel Abad, don Santos Castejon, don Saturnino Arizabalaga, gefe de la caballería, don Anselmo Perez, capitán; don Mariano y don Pantaleon Desa, tenientes de caballería, y un oficial de carabineros que se les habia agregado el dia antes de la sorpresa.

En vano se emplearon todos los medios mas esquisitos para salvarlos, en vano se interpusieron las personas de mas valer de la capital y de la provincia, de nada aprovecharon ni los ruegos ni las lágrimas; ni aun se les dió el último consuelo de dejarles ver y dar el postrer adios á sus amigos ni á sus parientes: pero todavía no era aquella bastante sangre para saciar la sed de sus crueles enemigos!

El 7 á las tres de la tarde, se hizo formar á los demás presos en una plaza dentro del cuartel donde estaban custodiados, en cuyo centro habia colocada una mesa que contenia dos bolsas: presenciaban aquella escena un vocal del consejo, otro oficial, un sargento y un cabo; en la una de las bolsas habia cincuenta bolas:

cuarenta y cinco blancas, y las cinco restantes negras ó de muerte; la otra estaba destinada á recibir las bolas después de estraidas. Por lista fueron llamados aquellos infelices, y ellos mismos sacaban su suerte de la bolsa fatal; concluida aquella triste escena, se condujo á los cinco designados para morir, á distinto sitio que á los demás, y en union de otro de Egea, que sufrió la pena sin sortear, fueron los seis fusilados, no habiendo pasado, ni aun tres cuartos de hora; sin dejarles por consiguiente tiempo para morir como cristianos.

No sufrieron la suerte algunos que se habian vendido antes de entrar en hostilidades con la tropa.

El dia 8 después de haber sido fuertemente amarrados, salieron de Huesca, con una crecida escolta dirigiéndose á Zaragoza, los demás prisioneros insurrectos á quienes el furor despótico habia dejado la vida, con el intento sin embargo, de hacerles sufrir los mas crueles padecimientos.

Con todo, marchaban los infelices en parte consolados, porque habian librado la vida: á su llegada al pueblo de Villanueva de Gallego, perdieron aun este consuelo, y llegaron á concebir nuevos y fundados temores de que su existencia no se hallaba en completa seguridad.

Un ayudante del capitán general de Aragon se presentó en aquel pueblo con la orden de su gefe para formar una nueva causa, con el fin sin duda de averiguar si quedaba alguna ramificacion del alzamiento en Zaragoza, y descubrir á algunos de los comprometidos que no habian salido; pero como en tales casos siempre se piensa lo peor, bien pronto esparcióse la voz de que se iba á verificar un segundo sorteo en la capital de Aragon.

Al dia siguiente emprendieron la marcha, llevando la zozobra

y cruel duda de si se verificaria ó no la suerte á su arribo al casti-
llo de la Alfageria, estramuros de Zaragoza, á donde se decia los
llevaban.

Afortunadamente no fué así; sin entrar en la capital ni en el
castillo, se dirigieron por la ronda tomando el camino de María á
donde les aguardaba el hierro y las cadenas; en este pueblo que
dista tres leguas de Zaragoza se les emparejó, aplicando á cada
dos una gruesa cadena de 25 libras con sus correspondientes gri-
lletes, cual si hubieran sido juzgados por los tribunales en térmi-
nos legales.

Ninguna de las cuerdas salidas de Madrid, y de las que nos he-
mos ocupado en el curso de esta obra, sufrió tan acerbos tormentos
como la procedente de Huesca: sus conductores se cebaban, con el
mayor rigor, sobre aquellos infelices, no ya con palabras insult-
tantes y denuestos, sino pasando á vias de hecho, dándoles de pa-
los, y magullando sus pechos y espaldas con las culatas de los fu-
siles de la brutal soldadesca; no les suministraban mas que ocho
cuartos diarios, y aun á veces tan miserable auxilio, no podian
aquellos desgraciados destinarlo á su alimento, porque no se hacia
alto mas que por la noche, y con frecuencia llegaban á los pueblos
á hora en que nadie se presentaba con comestibles de que pudie-
ran proveerse: ocasion hubo en que cansados de fatiga y muertos
de sed, hicieron descanso en el camino á la vista de un cristalino
arroyo que por junto á ellos dirigia su curso, y no se les permitió
humedecer en él sus secas fauces, haciéndoles sufrir el castigo de
Tántalo tan decantado en la fábula.

Escuálidos, en el último estado de postracion, cadavéricos, y
casi envidiando la suerte de sus compañeros fusilados en Huesca,
pues así habian dejado de sufrir, llegaron á Valencia, en cuya

ciudad se les encerró en la torre de Cuarte; ya sabe el lector de
cuando estuvieron los otros deportados aragoneses en compañía de
los de Madrid en aquella fortaleza, que allí no hay fondos para su-
ministrar á los presos que no son militares: así pues los última-
mente llegados, estuvieron cincuenta y ocho horas sin auxilio hu-
mano de ninguna especie; agregado á esto las penalidades sufri-
das por el camino, juzgue el lector cuál seria su estado: varias
representaciones se hicieron al capitán general pidiendo un misera-
ble alimento, á ninguna hubo contestacion; por último, habiendo
tenido noticia la junta de caridad de que un número considerable
de hombres estaban próximos á morir de hambre encerrados en
una prision, les suministraron de su cuenta algun alimento.

De aquí se infiere que si no hubiera sido por la filantropía de
aquella asociacion benéfica, estos desgraciados hubiesen perecido
indudablemente: estos hechos no se cuentan ni aun de los cáfres,
puesto que es sabido que aquellos salvajes dan alimentos á los pri-
sioneros que quieren conservar en su poder.

El 26 fueron embarcados en el grao de Valencia á bordo del
vapor *Vulcano*, el que los condujo á Cádiz y después á la Carraca
á donde llegaron el 30.

Por último, el 7 de enero y cuando ya se susurraba una próxi-
ma amnistía, fueron embarcados y se hicieron á la vela para Fili-
pinas, habiendo recibido como de costumbre el uniforme y uten-
silios que suele darse á los miserables presidiarios que pasan á Ul-
tramar.

Y aquí no podemos menos de llamar la atencion de nuestros
lectores: si el 14 del mismo mes se dió la amnistía, como se dirá
mas adelante, ¿por qué el 7 hizo embarcar el gobierno á estos infe-
lices obligándoles á atravesar el Océano?

Es bien cierto que muchos días antes tendria ya intencion de presentar á la reina el decreto de amnistía, ¿por qué no suspendió pues el embarque de estos últimos deportados?

Quiso hacer mas ostensible su despótico poder: quiso causar tan notables perjuicios á estos españoles; poco le importó esto ni tampoco los inmensos gastos que gravitaron en perjuicio del erario público por aquella nueva conduccion; ya se vé, el ministerio no habia de pagarlos, ¿qué importaban ni las desgracias de los presos, ni el perjuicio de los contribuyentes?

No seguiremos todos los azares de su larga y penosa navegacion, porque para referirlos necesitábanse muchas páginas; sin embargo, el capitan de la fragata era en extremo mas caballero y mas humano que el de la *Colon*.

El 16 y 17 de abril sufrieron un terrible huracan, y estuvieron muy próximos á ser sepultados entre las olas del Océano indico.

El 3 de junio arribaron á la isla del Corregidor en el archipiélago filipino y del dominio de España; allí tuvieron noticia del decreto de amnistía dado en enero; grande fué su regocijo, pero aun les quedaban grandes penas que sufrir y muchas bajas que llorar.

Sobre las tres de la tarde del mismo dia, habiendo pasado antes por muy cerca de la isla de Cavite, dió fondo la fragata en el deseado puerto de Manila al cabo de cinco meses menos cuatro dias de navegacion.

Toda aquella tarde se estuvo aguardando á la junta de sanidad, la que no se presentó hasta el anochecer.

Tambien se presentaron á bordo algunas autoridades y deportados de los procedentes de Madrid: se les comunicó la orden de que los clasificados de oficiales desembarcaban en Manila pa-

sando los demás á la isla de Cavite, siendo estos últimos los que mas sufrieron: á consecuencia de haberlos tenido un grande espacio de tiempo á la influencia del sol abrasador de aquel clima, fueron al dia siguiente de su desembarque, acometidos la mayor parte del cólera asiático, muriendo casi en el acto y á muy pocos momentos trece; se estableció un hospital en dicha isla de Cavite á donde la mayor parte tuvieron que refugiarse, y en el que murieron algunos mas, sin embargo de que la asistencia era esmerada.

Hemos querido hacer una sucinta reseña de los sucesos y deportaciones de Huesca, porque nuestros lectores de provincia no crean que hemos tenido menos en cuenta los sufrimientos y persecuciones que se experimentaron en aquella aciaga época en todo el reino, que los que afligieron á la capital: en todas las provincias hubo deportaciones y destierros, en Andalucía, en Galicia, en Aragon, en Castilla, en fin, en todos los ángulos de la oprimida España, se derramó sangre y abundantes lágrimas.

Interpelado el gobierno cuando se abrieron las Córtes por un celoso diputado acerca de estos hechos, contestó el célebre conde de San Luis, que no se habia hecho otra cosa que *variar de domicilio* á algunos sugetos, por exigirlo así su seguridad y la del Estado.

Y para variarlos de domicilio los cargaban de cadenas, los encerraban en los tollados y entrepuentes de los barcos, les hacian sufrir el hambre mas devoradora y la sed mas ardiente, y los conducian á seis mil leguas de su pais!

Pasma ciertamente que hechos de tanta gravedad y magnitud no se hayan tomado en cuenta de una manera mas eficaz por las Córtes Constituyentes, para castigar severamente á quien los per-